

ESPAÑA Y EL SURESTE DE EUROPA EN LA ÉPOCA MODERNA: CUATRO SIGLOS DE DILEMAS DIPLOMÁTICOS*

Σύνοψη

Ισπανία και ο ισπανικός πολιτισμός στη νοτιοανατολική Ευρώπη: Τέσσερις αιώνες διπλωματικών διλημμάτων

Εξετάζεται συνοπτικά η πολιτική που άσκησε η ισπανική μοναρχία στη νοτιοανατολική Ευρώπη και ιδιαίτερα στις ελληνικές χώρες από την εποχή των Καθολικών Βασιλέων ως τα τέλη του 18ου αιώνα. Επισημαίνονται επιγραμματικά οι κυριότερες φάσεις και οι βασικοί παράγοντες (εξωτερικοί και εσωτερικοί) που επηρέασαν κατά περιόδους την πολιτική εκείνη. Το τελικό συμπέρασμα που προκύπτει από την επιτροχάδη αυτή διαδρομή σε μια περίοδο τεσσάρων αιώνων είναι ότι η Ισπανία αντιμετώπιζε, σε σχέση με την Νοτιοανατολική Ευρώπη και τη Μεσόγειο, συνεχή διπλωματικά και κυρίως γεωπολιτικά διλήμματα, τα οποία βέβαια δημιουργούσαν οι αυξανόμενες υποχρεώσεις της στη δυτική Ευρώπη και τις υπερπόντιες κτήσεις.

1. Panorama general

La imagen que tenemos sobre la presencia española en la Europa del sureste durante los casi cuatro siglos que median desde la unificación del país hasta el surgimiento de los primeros estados balcánicos, a principios del siglo XIX, no ha quedado del todo clara. Sobre algunos períodos de tiempo bastante grandes continúan existiendo enormes vacíos historiográficos, que llegan a ser además desalentadores, por lo que respecta a las monografías de carácter sintético. La escasez, por tanto, de tal bibliografía, en especial la escrita en español, continúa presentando, *ex silentio*, las relaciones entre España y la Europa del sureste más bien como desdeñables. Por supuesto, se podría admitir que este silencio se corresponde con la realidad histórica. Pero una valoración de este tipo atañería principalmente a la época de declive de la potencia española; efectivamente, en el periodo que transcurre desde mediados del

* Publicado por primera vez en: *España y la cultura hispánica en el sureste europeo. Η Ισπανία και ο ισπανικός πολιτισμός στη νοτιοανατολική Ευρώπη*, ed. Juan González-Barba, Atenas 2000, pp. 36-48. El carácter general, así como el amplio marco cronológico de la presente ponencia, hacía un tanto difíciles las citas bibliográficas a pie de página. Por ello, he preferido adjuntar un esbozo historiográfico de carácter general, acompañado al final con un apéndice con un también breve cuadro bibliográfico.

siglo XVII hasta las primeras décadas del siglo XVIII los contactos de España con el Mediterráneo oriental fueron sumamente limitados. Sin embargo, estas valoraciones negativas dejan de ser válidas, en gran medida, al menos por el Siglo de Oro español y, en menor medida, para los años del Despotismo ilustrado y la Ilustración, en especial durante las últimas décadas del siglo XVIII.

No me es posible en esta limitada ponencia exponer --ni siquiera de forma breve-- la política que ejerció España en el Sureste de Europa durante un periodo de tiempo tan amplio. Respetando pues los estrechos límites que me impone el programa, me limitaré a dar un resumido esbozo de los parámetros básicos del asunto, así como unos ejemplos indicativos de las relaciones, principalmente políticas, que se desarrollaron en ambas partes. Igualmente, por razones metodológicas, me centraré más en los hechos que se refieren a los contactos establecidos entre España y el mundo del Oriente greco-ortodoxo, contactos que, por motivos históricos y geográficos, fueron más numerosos y duraderos. Por otra parte, las relaciones políticas y culturales existentes entre los españoles y los otros pueblos del Mediterráneo oriental serán tratadas por los congresistas procedentes de nuestros países vecinos.

La política española en la amplia región del Sureste europeo se vio influenciada inevitablemente por dos dilemas diacrónicos: el primero y más importante afectaba a las prioridades de la política marítima de España, que estaban divididas entre el Mediterráneo, por una parte, y el Atlántico y el norte de Europa, por otra. Se trataba de una división geográfico-estratégica, la cual, al menos durante los primeros siglos de la historia moderna española, reflejaba la tal vez apresurada fusión, en 1479, de la herencia política catalano-aragonesa (que desde la Alta Edad Media tenía puesto el interés en Italia y el Mediterráneo oriental), y de las nuevas orientaciones de Castilla (volcada hacia el Atlántico y los dominios de ultramar). La importancia de la política ejercida por España en el Mediterráneo se ponía en duda cada vez que otros frentes le obligaban a desplazar el foco de atención desde los dominios italianos hacia el centro y nordeste de Europa. A pesar de todo, las crisis europeas, que estallaban en el marco de los levantamientos en los Países Bajos, de los enfrentamientos religiosos y de las eternas rivalidades de los Habsburgo con Francia e Inglaterra, no acababan reduciendo la importancia política que tenía para los españoles su presencia activa en el Mediterráneo central. Esto se debía principalmente a la presión musulmana, la cual venían ejerciendo durante más de un siglo los africanos del norte y sus aliados otomanos en la península itálica, en las Baleares, y en el litoral levantino de la península ibérica. Se trataba, por consiguiente, de un serio desafío, el cual, cuando el

problema árabe empezó a transformarse de forma repentina en un problema otomano, dio paso a una amenaza casi directa. Además, la vinculación político-militar existente entre el elemento otomano y los moros del litoral norte africano, y, en algunos casos, también con los levantamientos de los moriscos en el interior de España, provocó en el país el nacimiento de una casi endémica turcofobia, que quedó plasmada en la abundante filología española antiturca del siglo XVI y XVII, de consumo fundamentalmente popular. No es por tanto casual, ni se debe sencillamente al carácter convencional de la tradición de las cruzadas, el hecho de que España permaneciera como la única potencia europea que, durante casi tres siglos, no firmó ningún acuerdo importante de paz ni de colaboración comercial con la Puerta Sublime: las dos grandes potencias situadas en los extremos del Mediterráneo mantuvieron, cada una a su manera, un peculiar estado de guerra no declarada, que cesará justo a finales del siglo XVIII. Todos estos hechos han de ser tomados en cuenta a fin de poder explicar la importancia que atribuían los españoles a la conservación de su soberanía en la península itálica, así como el modo mediante el cual intervenían periódicamente en los asuntos del Mediterráneo central y oriental.

Los dominios españoles en el Sur de Italia, además de su importancia estratégica, jugaron un papel importante más, dado que constituían el puente necesario entre el Sureste europeo y la península ibérica. De este modo se reducía enormemente la distancia que los separaba. Todos aquellos que querían trasladarse desde España hasta el Oriente bajo dominio otomano, o al revés (diplomáticos, enviados especiales y espías, viajeros, fugitivos y emigrantes, comerciantes y marineros, mercenarios y corsarios, renegados y aventureros, clérigos, monjes y misioneros), tenían que utilizar las posesiones españolas en Italia. Igualmente, los españoles en sus intervenciones bélicas, tanto en el Mediterráneo central como en su parte oriental y en el sur de los Balcanes, tomaban como punto de arranque sus bases marítimas en los puertos del sur de Italia: Nápoles, Mesina y Palermo.

Como primer ejemplo importante de tales intervenciones llevadas a cabo después de la unificación de España hay que considerar la decisiva participación de las fuerzas de Gonzalo Fernández de Córdoba (Gran Capitán) en la recuperación de Cefalonia por los venecianos, en Julio de 1500. Dos años más tarde Andrés Paleólogo, hijo del “déspota” Tomás, mediante testamento cedió sus derechos al trono bizantino a los Reyes Católicos (y también al emperador Maximiliano). A su vez, el rey Fernando (1479-1516) propagará durante los diez años siguientes su intención de reivindicar mediante las armas estos derechos, apelando además a los títulos de “duque de Atenas

y Neopátras”, obtenidos como legado en la época del dominio catalán en Grecia. Durante la misma época, aproximadamente, tratará de llegar a acuerdos con algunos representantes de provincias griegas y zonas septentrionales de los Balcanes.

Ni los Reyes Católicos ni sus sucesores jamás dieron el paso decisivo para la realización de unos planes de conquista tan ambiciosos. Sin embargo, los irán divulgando de vez en cuando, con la intención por supuesto de servir a diversos objetivos políticos y estratégicos a corto plazo. En cualquier caso, estos objetivos, - que vuelven a aparecer periódicamente hasta finales casi del siglo XVII -, obligaron a los españoles, además del problema al que tenían que hacer frente en Italia y en Europa central, a crear frentes de diversión en el Mediterráneo oriental, debido a las siguientes razones: en primer lugar, para alejar la amenaza musulmana de las costas italianas y los “presidios” españoles norte-africanos; en segundo lugar, para distender las presiones otomanas en los dominios de los Habsburgo en el norte de los Balcanes y en Hungría. El interés de España por estas posesiones formaba parte de sus obligaciones de alianza o dinásticas para con el Emperador. Estos compromisos, que fueron más fuertes durante los años del reinado de Carlos V (1518-1556), empezaron gradualmente a relajarse a partir de Felipe II (1556-1598), aunque no dejaron de existir en los siglos siguientes hasta el 1700, es decir, durante todo el periodo en que gobernaron los Austrias. Esto se puede ver claramente en el envío de refuerzos militares españoles a los frentes de los Habsburgo en el norte de los Balcanes. Incluso cuando no estaba España en condiciones de ofrecer a los austriacos potencial humano concedió dinero para apoyarles en Hungría.

La estrategia de los frentes de diversión resulta más clara en las intervenciones militares de Carlos V en el Oriente bajo dominio turco: primero, en la parte occidental y sudoccidental del Peloponeso (que culminó con la impresionante, aunque temporal, ocupación española de la ciudad y la región de Corón del 1532 al 1534), a continuación, en la discutida batalla naval de Prévesa, en Septiembre de 1538, y, finalmente, en la ocupación el mismo año de Herčeg-Noví (Castelnuevo), en Dalmacia, la cual finalizó, sin más gloria, con la masacre de las guardias española y greco-albanesa en Agosto de 1539. Durante el mismo periodo, además, los españoles apoyaron con medios diversos algunos movimientos revolucionarios de desigual importancia en Nauplia, en Himara, Escodra, Prodigoritsa, y en los principados danubianos.

La siguiente intervención más importante de los españoles en los asuntos del Mediterráneo oriental, tanto por su extensión como por su resonancia, se realizó en

los años 1570 al 1573, durante las operaciones navales de la Liga Santa encaminadas a impedir la conquista otomana de la dominada por los venecianos isla de Chipre. La participación española no impidió que se perdiera la isla, pero sí dio lugar a la gran victoria cristiana en la batalla naval de Lepanto, el 7 de Octubre de 1571. Este legendario acontecimiento no tuvo finalmente la sensacional continuación que esperaban, tanto en Occidente como en la Europa del sureste, los partidarios de las intervenciones armadas en los Balcanes. Tuvo, sin embargo, otras consecuencias decisivas para las posteriores relaciones de España con los pueblos de toda la región: supuso, en primer término, el doblegamiento de la fuerza naval otomana en el Mediterráneo y la disminución de la envergadura de los posteriores enfrentamientos navales entre ambos mundos; constituyó también el surgimiento de una serie de movimientos antiturcos --desde Chipre hasta Montenegro y Serbia, y desde el Peloponeso hasta Valaquía y Moldavia-- los cuales durante casi medio siglo avivarán las expectativas de la reaparición de la imponente Armada española. Por otra parte, el espectro de una intervención española en el oriente otomano no sólo ensombrecerá durante bastantes décadas las relaciones hispano-turcas, sino que se vinculará además con un latente antagonismo hispano-veneciano, que culminará durante la controvertida “conspiración española”, y cuyo principal foco de atención estará situado en el mar Jonio y el Adriático.

Lepanto quedó, así, sin “el día después”. Habrán de pasar dos siglos y medio para que se vuelvan a producir en Mediterráneo oriental sucesos marítimos de semejante importancia. El primero, en la batalla naval ruso-turca en Tsesmé, frente a la isla de Quios, en Julio de 1770, la cual tendrá, sin embargo, una repercusión política menor. El segundo, en el singular enfrentamiento de la flota turco-egipcia con las armadas inglesa, francesa y rusa en Pylos (Navarino), en Octubre de 1827, el cual contribuirá finalmente al primer cambio esencial del mapa político del Sureste europeo tras la independencia de Grecia. Con todo, la presencia naval española en el Mediterráneo oriental no cesará, al menos hasta la primera década del siglo XVII, si bien se limitará a lanzar cortos ataques de corsarios en el mar Jonio, el Egeo, y el litoral norte de Chipre. A pesar de la idealización con que fueron vistos por la filología popular de la época, tales ataques no llegarán a ser nunca enfrentamientos marítimos de importancia decisiva. Sin embargo, sí influirán de manera importante en el escenario político general del Mediterráneo oriental, puesto que perpetuarán, por una parte, la eterna rivalidad hispano-turca y, por otra, mantendrán el clima de insurrección existente entre los pueblos cristianos del oriente otomano.

En cualquier caso, apenas unos años después de la batalla de Lepanto, tanto Madrid como Constantinopla trataron de buscar salidas al absurdo diplomático en el que habían quedado atrapadas. Con todo, más allá de los compromisos políticos e ideológicos del pasado, casi todos los intentos para un acercamiento hispano-otomano fracasaron a causa de factores diversos: los de más peso y más duraderos fueron los enemigos de España en la Europa occidental, principalmente Francia e Inglaterra, que intervenían de forma abierta a través de sus embajadores en la Puerta Sublime para desbaratar cada movimiento encaminado a facilitar un acuerdo entre ambas partes, ya desde las primeras décadas del siglo XVI, hasta la firma del primer tratado comercial en 1782. En esta tarea de avivar las discordias hispano-turcas jugaron también un papel importante, al menos hasta mediados del siglo XVII, de un lado los marranos y, sobre todo, los moriscos de España, una parte de los cuales, después de que fueran expulsados de la península, se habían refugiado en el territorio turco, y, del otro, los griegos, albaneses y eslavos de los dominios españoles en la península itálica, que durante siglos venían soñando con una intervención armada cristiana en sus patrias respectivas. Al final, lo único que lograron los dos grandes adversarios, hasta finales del siglo XVIII, fue el acuerdo de varias treguas, en 1581, 1584 y 1587, que permitieron a los españoles volcarse sobre los problemas de Portugal y del Atlántico, y a los otomanos sobre sus frentes abiertos en Persia y el Cáucaso. Sin embargo, estos intentos de acercamiento quedaron suspendidos de nuevo tras el comienzo de la llamada “guerra continua” de los otomanos con los Habsburgo, al norte de los Balcanes, la reanudación de los ataques españoles por mar en el Mediterráneo oriental (siempre en el marco de la estrategia de frentes de diversión), y, finalmente, tras la reanimación de los movimientos revolucionarios en el sur griego y zonas central y norte de los Balcanes, incitada de nuevo por Madrid y Viena. Incluso después de la firma del tratado turco-austríaco de Szitva-Torok en 1606 (que pacificó los frentes bélicos en el norte de los Balcanes durante bastantes décadas), no fue posible llegar a un acuerdo entre españoles y otomanos; la fuerte oposición realizada entre bastidores por los franceses, ingleses, holandeses y venecianos, así como algunos torpes movimientos por parte española (como la instigación de los Cosacos del Dniester a sublevarse en contra de los otomanos), echaron a pique en 1625 las negociaciones secretas que habían empezado algunos años atrás a iniciativa del Emperador para la firma, al menos, de un armisticio entre ambos rivales ancestrales.

No obstante, los intentos por acabar con aquella peculiar situación de guerra continuaron en las décadas siguientes. La iniciativa esta vez vino del lado otomano,

durante la guerra veneto-turca por la isla de Creta (1645-1669). La delegación de seis miembros que llegó a Madrid el verano de 1649 transmitió las propuestas de la Puerta Sublime de facilitación del acceso a Tierra Santa a los peregrinos católicos, reducción, por ambas partes, de los ataques de corsarios y del comercio de esclavos y prisioneros, y mediación de España para poner fin a la guerra de Creta. La ofensa diplomática otomana evidentemente pretendía, por una parte, impedir la cooperación hispano-veneta, y, por otra, dar un aviso a Francia para que suspendiera sus expediciones de refuerzo enviadas en secreto a Candia. Este acercamiento fue desbaratado una vez más por los franceses y los venecianos, aunque en esta ocasión cada uno por motivos diferentes, y la España de Felipe IV (1621-1645) volvió así a la tradicional política antiturca de sus antecesores. De este modo, y a pesar de su debilidad tanto económica como militar y de los serios problemas a los que hacían frente en Italia, los españoles acudieron inmediatamente a ayudar a los venecianos con dinero, provisiones, naves y soldados.

Aquellos gestos tenían más una importancia política que militar. La estancada España de los últimos Austrias no estaba en condiciones de lanzar ataques en el Mediterráneo oriental. Por eso, además, ya no prestaba atención a las peticiones que seguían llegando desde muchos puntos, para que se crearan frentes antiturcos en la península balcánica, tanto durante la guerra cretense como durante las operaciones de Francesco Morosini en el Peloponeso, treinta años después (1685-1687). Por supuesto, la corona española, hasta entrado el siglo XVIII, no dejó de ser tenida en cuenta para la configuración de los planes en relación al reparto del imperio otomano. En concreto, uno de estos planes fue obra del cardenal Giulio Alberoni (1664-1752), una personalidad que durante bastantes años, de 1714 a 1719, gobernó España en realidad. Estos casos, sin embargo, deben ser considerados como repeticiones tardías de una estereotipada filología de las cruzadas, con muy pocas o nulas repercusiones políticas.

Por otra parte, al entrar el siglo XVIII ya no tenía sentido prolongar la eterna rivalidad hispano-turca. En el 1700 la corona de España había pasado a los Borbones, un hecho que rompía el tradicional apoyo de Madrid a Viena en contra de la Puerta Sublime. Además, los términos de la política española en el Mediterráneo cambiaron por completo después de que fuera desalojada, hasta el 1719, de sus dominios italianos. España se había, pues, alejado de los dos factores más importantes que la vinculaban, como mencionamos al principio, con el problema político del Sureste europeo. Los españoles, por supuesto, no dejaron de andar, aunque de manera

esporádica, por el Mediterráneo oriental. Sólo que ahora no eran ya soldados errantes, mercenarios o corsarios, sino únicamente comerciantes, viajeros, misioneros y peregrinos de Tierra Santa. Por otro lado, todos aquellos que trasladaban desde los Balcanes hacia España ya no solicitaban intervenciones militares en sus respectivas patrias bajo dominio otomano, ni poder hacer carrera en la marina y el ejército español del sur de Italia, sino facilidades marítimas o puestos de cónsules y representantes comerciales en puertos del Mediterráneo, de cara a sus intereses económicos, convergentes con los de España. Al pasar, pues, al siglo XVIII Madrid, siguiendo el ejemplo del reino de las Dos Sicilias, empezó a buscar también un acercamiento más estable con la Puerta Sublime.

Los intentos empezaron a realizarse de forma sistemática durante los años de Carlos III (1759-1788) y su ministro neomercantilista José Moñino, conde de Floridablanca (1777-1792). Las iniciativas de Madrid aspiraban, en un principio, a la firma de tratados comerciales con los pequeños estados musulmanes del norte de África. Pero tanto Túnez como Algeria pusieron como condición previa para cualquier tipo de acuerdo con España el consentimiento de la Puerta Sublime, mediante firmán del sultán. El restablecimiento, por tanto, de las relaciones hispano-turcas dependía una vez más del mismo factor, al cual había estado ligada, durante aproximadamente tres siglos, la larga contienda entre los dos enemigos del Mediterráneo. Las negociaciones que efectuó en Constantinopla el enviado especial de España Juan de Bouligny y Paret duraron cuatro años enteros, de 1779 a 1782, debido fundamentalmente a las acostumbradas reacciones de Francia y Gran Bretaña. La firma final del tratado comercial de 1782 permitió a España, por vez primera en su historia moderna, contar con una amplia red de consulados y viceconsulados, que se extendían desde Zara, Espalato y Escodra hasta Esmirna, Quios y Lárnaca. Estas aberturas comerciales finalmente demostraron ser exageradas para las posibilidades económicas de España en aquel entonces. Sin embargo, once años después del susodicho tratado, en 1793, Madrid obtuvo de los turcos el privilegio de encargarse de la protección de las fundaciones sagradas católicas en Tierra Santa, substituyendo así a Francia en el protectorado católico de Palestina.

El idilio hispano-turco no duró demasiado. Las reiteradas diferencias que provocó entre las alianzas europeas la expedición de Bonaparte a Egipto dieron lugar en 1799 a una inesperada crisis en las relaciones entre España y el imperio otomano y, además, a la humillante expulsión de Constantinopla de Bouligny. Habrán de pasar casi tres décadas para que se firme, en Octubre de 1827, un nuevo acuerdo comercial y naval

entre la Puerta Sublime y Fernando VII (1814-1833). Entretanto, se habían creado ya otros presupuestos que condujeron, a comienzos del siglo XIX y a través de un descendiente de la familia Bouligny, a la reanudación de las relaciones, no sólo comerciales, entre España y una parte al menos del Mediterráneo oriental, en esta ocasión no de dominio otomano. En 1803 fue nombrado representante consular (y diplomático) de España en la recién fundada (1800) República Septinsular, en el mar Jonio, el sobrino de Juan de Bouligny, Lorenzo Mabili de Bouligny (1763-1853), el cual no iba ya a abandonar Corfú. Tras su segundo matrimonio con Caterina Dúsmanis, “el noble señor D. Lorenzo Mavili, descendiente de los Bulonios de España”, adquirió la ciudadanía jonia, formó una familia y fue abuelo del homónimo sonetista griego Lorenzo Mavilis (1860-1912).

Durante los servicios prestados por Lorenzo Mabili en Corfú, que con interrupciones fue continuada hasta la revolución griega de 1821, surgieron nuevos factores que cambiarían radicalmente los términos de las relaciones de España con la Europa del sureste y el Mediterráneo oriental. Estamos, obviamente, ante un nuevo periodo, al cual está dedicada otra ponencia.

2. Esbozo historiográfico

Gracias a la investigaciones de Antonio Rubió y Lluch y, más tarde, de Constantin Marinesco, Lluís Nicolau d’Olwer, Momčilo Spremić, y otros, el estudio de la presencia catalano-aragonesa en Mediterráneo oriental durante la Alta Edad Media empezó a sistematizarse desde finales ya del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. Por el contrario, la política española de la época moderna en la misma región no despertó un interés semejante, a pesar de que se había venido publicando, ya desde mediados del siglo XIX, un considerable material archivístico (como, por ejemplo, el aparecido en la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, o en las documentadas obras de Cesáreo Fernández Duro). Los trabajos que se editaron en España hasta, al menos, de la década de 1950, se centraban solamente en las operaciones militares llevadas a cabo en el Mediterráneo central y oriental durante los siglos XVI y XVII, ignorando casi por completo la historia de los pueblos del sureste de Europa. En estos trabajos, e incluso en los supuestamente estudios específicos (como, por ejemplo, los de Ángel González Palencia, José María Doussignague, etc.), salta a la vista la pobreza de informaciones. Una imagen similar presentaba la parte contraria: las citas esporádicas de los historiadores griegos y de otros países

balcánicos a la política de España en el Sureste europeo en época moderna proceían de obras francesas o italianas, o bien, en el mejor de los casos (como, por ejemplo, del griego Constantino Sathas, y del serbio Jorjo Tadić), se basaban en fuentes venecianas o dalmáticas. La situación empezó a cambiar, al menos para la historiografía balcánica, en las vísperas de la Segunda Guerra Mundial, al principio, con las investigaciones del rumano Alexander Cioranescu, el cual, antes de establecerse en España, había ya presentado, entre 1938 y 1940, las primeras muestras de sus investigaciones en archivos españoles, principalmente en el General de Simancas. Siguieron, en 1955 las investigaciones en Simancas del griego Miguel Láscaris, catedrático en la Universidad de Tesalónica, el cual nos dejó, sin embargo, solamente dos artículos. Con todo, las aberturas llevadas a cabo por Láscaris intentaron ser ampliadas, desde el punto de vista temático y cronológico, desde mediados de la década siguiente en adelante, por su discípulo quien firma este texto. El paso de Láscaris por España, a pesar de su extrema brevedad, despertó también el interés del helenista Antonio Tovar Llorente, el cual, aunque sólo publicó un estudio al respecto, animó a otros investigadores españoles más jóvenes a ocuparse de manera sistemática de este descuidado capítulo de la historia española. El caso de mejor auspicio podría resultar el de Alfonso Corral Castanedo; así al menos dejó entrever su tesis doctoral (*Algunos aspectos de la política antiturca de Felipe II*, Universidad de Valladolid, 1960). Pero, a continuación, este primer serio investigador cambió (desafortunadamente em respecto al la historiografía española sobre el sureste europeo), de intereses historiográficos. Al contrario, bastantes años más tarde, el filólogo José Manuel Floristán, alentado por el incasable helenista Luis Gil Fernández y empezando por las investigaciones anteriores realizadas por griegos y españoles en Simancas, continuó dedicándose, después de terminada su tesis doctoral (*Documentos neogriegos en el Archivo de Simancas*, Universidad de León, 1987), a los contactos que mantuvo la España de los Austrias no sólo con los griegos sino también con otros pueblos de la región (como poer ej. con los georgianos). En la misma época aproximadamente empezó el estudio más científico que hay sobre la imagen del mundo otomano en las fuentes españolas del siglo XVI y XVII, tal vez en el contexto de la problemática que se creó en la historiografía europea tras la publicación de la ya clásica obra de Fernand Braudel sobre el Mediterráneo en época de Felipe II (en esta dirección gira la productividad de los Emilio Sola, José F. de la Peña y Miguel Ángel Bunes Ibarra y otros). Entretanto, han empezado también a ocuparse de estos temas historiadores que no pertenecían a

las dos partes en cuestión interesadas, como, por ejemplo, el italiano Angelo Tamborra, el austriaco Alexander Randa y el alemán Peter Bartl.

El interés de la historiografía española por el Mediterráneo oriental en el siglo XVIII y principios del XIX se centró en dos ejes temáticos: en el papel que los misioneros españoles jugaron en el protectorado católico de Tierra Santa (que fue estudiado por el p. Samuel Eiján y, con mayor productividad, el p. Agustín F. Arce, OFM) y, sobre todo, en los intentos de Madrid por extender el comercio español en los mercados otomanos. El restablecimiento de las relaciones económicas entre España y el imperio otomano centró el interés de la historiografía española ya desde principios de nuestro siglo. Sin embargo, después de la publicación de la primeras fuentes, en 1909, realizada por Manuel Conrotte, fue necesario que pasara aún medio siglo para que, con más detalles, fuera presentada (de manera atractiva, aunque no siempre estrictamente científica), por parte del erudito diplomático Emilio Garrigues, la historia de la firma en Constantinopla del pacto hispano-turco en 1782, llevada a cabo por el enviado de Madrid Juan de Boulogny. Nuestra imagen sobre las actividades de los Boulogny, los Soler, y otras familias de comerciantes españolas en el Mediterráneo oriental, así como de algunas griegas (Alexianos) en puertos españoles, empezó a resultar más clara después de la publicación de varias investigaciones y monografías (Hassiotis, Jesús Pradells Nadal y, actualmente, Antonio Jurado Aceituno). Finalmente, casi veinte años después de los ya desfasados trabajos de la época franquista (como por ej. los del marqués de Mulhacén), la política española en el sureste de Europa y el Mediterráneo oriental durante el siglo XIX ha empezado a atraer el interés de los historiadores españoles. A modo indicativo se podrían referir los serios estudios de Miguel Ángel Ochoa y, para los años posteriores y actuales, las orientaciones más recientes hacia la historia turca de Víctor Morales Lezcano y Pablo Martín Asuero, y hacia la griega de Matilde Morcillo Padilla.

De esta sumamente breve introducción historiográfica se pueden extraer algunas conclusiones generales: Hasta aproximadamente treinta años la historiografía ignoraba, casi con ostentación, el papel de España en el sureste de Europa. Desde entonces esta ignorancia fue cediendo, gracias principalmente al esfuerzo investigador de bastantes estudiosos, en un principio procedentes de los países balcánicos, y, a continuación, de España misma. Cabe señalar, no obstante, que el ya acumulado material histórico no ha sido aún explotado por ambas partes, las cuales, además, en algunos sectores no parecen estar en contacto. En particular, crea ciertos interrogantes el desconocimiento que muestran ciertos historiadores españoles sobre la obra realizada en los países del

Sureste europeo, un fenómeno que no se justifica, evidentemente, por el hecho de no conocer las lenguas balcánicas. Se podría decir, por tanto, que la realización del primer encuentro científico que empezó en Atenas presenta un interés de carácter múltiple. Por una parte, puso de manifiesto que la labor investigadora llevada a cabo hasta ahora está ya en condiciones de ofrecer, desde el punto de vista temático, al menos el componente historiográfico del programa de un congreso internacional. Por otra parte, muestra que la investigación de las relaciones mantenidas entre España y los pueblos del Sureste europeo (en múltiples ámbitos epistemológicos), empieza ya a alejarse de su aislacionismo periférico. Esta evolución debe, en un principio, relacionarse con el acrecentado dinamismo de la España actual, la cual está intentando abrirse, no solamente desde un punto de vista científico, en campos que hasta hace poco constituían para ella una zona estéril, cuando no una “terra incognita”. No hay que olvidar además las inquietudes temáticas de la historiografía contemporánea en la Europa del sureste, que desde hace años tiende igualmente a abandonar su carácter nacionalista o, al menos, interbalcánico, y a incluir en su ámbito países que, como en el caso de España, constituían objeto de estudio por parte de investigadores aislados, cuando no pintorescos algunas veces. En cualquier caso, no cabe duda de que hace algunos años estas favorables perspectivas serían impensables, tanto en los Balcanes como en España.

Bibliografía

Arce, A. (O.F.M.) *Expediciones de España a Jerusalem (1673-1842) y la real Cédula de Carlos III sobre los Santos Lugares en su ambiente internacional. Documentos y contribuciones a la historia internacional de Tierra Santa*, Madrid 1958.

Bartl, Peter *Der Westbalkan zwischen spanischer Monarchie und osmanischem Reich. Zur Türkenkriegs-problematik an der Wende vom 16. zum 17. Jahrhundert*, Wiesbaden 1974.

Braudel, F. “Les espagnols et l’Afrique du Nord de 1492 à 1577”, *Revue Africaine*, LXIX (1928), 184-233, 351-428.

-- -- *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l’époque de Philippe II*, 1a ed. francesa, París 1949 (2a ed. española: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México 1976).

Bunes Ibarra, M.-Á. *La imagen de los musulmanes y del Norte de África en la España de los siglos XVI y XVII: Los caracteres de una hostilidad*, Madrid 1989.

Ciorănescu, Al. “Petru Rareș și politica orientală a lui Carol V”, *Academia Română. Momoriile Sectiei Istorice*, s. III, vol. 16, Bucuresti 1935/36, 241-257.

Cioranescu, Al. “Michel le Brave et la politique espagnole”, *Trois mémoires sur Michel le Brave* (ed. Al. Cioranescu, Ch. Göllner, E. Turdeanu), París 1938, 5-19.

- Ciorănescu, Al. *Documente privitoare la istoria românilor culese din arhivele din Simancas*, Bucuresti 1940.
- Conrotte, M. *España y los países musulmanes durante el ministerio de Floridablanca*, Madrid 1909.
- Corral Castanedo, A. "Unas conspiraciones contra el sultan turco en tiempo de Felipe III", *Simancas. Estudios de Historia Moderna*, 1 (1950), 383-415.
- Doussinague, J. M. *La política internacional de Fernando el Católico*, Madrid 1944.
- Doussinague, J. M. *La política internacional de Fernando el Católico*, Madrid 1944.
- -- *La política exterior de España en el siglo XVI*, Madrid 1949.
- Fernández Duro, C. *El gran duque de Osuna y su marina. Jornadas contra turcos y venecianos (1602-1624)*, Madrid 1885.
- Floristán Imízcoz, J.-M. *Documentos neogriegos en el Archivo de Simancas*, Madrid 1987 (= *Fuentes para la política oriental de los Austrias. La documentación griega del Archivo de Simancas, 1571-1621*, Univ. de León, 1988).
- Floristán Imízcoz, J.-M. "Felipe II y la empresa de Grecia tras Lepanto (1571-1578)", *Erytheia*, 15 (1994), 155-190.
- Garrigues, E. *Un desliz diplomático. La paz hispano-turca*, Madrid 1962.
- Gil, Luis - Gil, Juan "Ficción y realidad en el 'Viaje de Turquía'. Glosas y comentarios al recorrido por Grecia", *Revista de Filología Española*, 45 (1962), 89-160.
- Gil, Luis "De la 'Sancta empresa de Grecia contra Turcos' ", *Erytheia*, 16 (1995), 97-115.
- -- "Griegos en España (siglos XV-XVII)", *Erytheia*, 18 (1997), 111-132.
- González Palencia, A. "Los turcos en el conocimiento de los españoles", *Conferencias sobre Lepanto*, fasc. I, Madrid 1947, 51-79.
- Hassiotis, I. K. "Fuentes de la historia griega moderna en archivos y bibliotecas españoles", *Hispania*, 29/111 (1969), 133-164.
- -- *Σχέσεις Ελλήνων και Ισπανών στα χρόνια της Τουρκοκρατίας* (Relaciones greco-españolas durante la época de la dominación otomana), Tesalónica 1969.
- -- *Οι Έλληνες στις παραμονές της ναυμαχίας της Ναυπάκτου, 1568-1571* (Los griegos en la víspera de la batalla naval de Lepanto, 1568-1571), Tesalónica 1970.
- -- *Ισπανικά έγγραφα της κυπριακής ιστορίας, ΙΣΤ'-ΙΖ' αι.* (Documentos españoles de la historia chipriota, siglos XVI-XVII), Nicosia 1972.
- -- "Η Κρήτη και οι Ισπανοί στα χρόνια της Βενετοκρατίας" (Creta y los españoles en la época de la dominación veneciana), *Actas del III Congreso Cretológico*, vol. 2, Atenas 1974, 342-370.
- -- "Venezia e i dominî veneziani tramite di informazioni sui Turchi per gli Spagnoli nel sec. XVI", *Venezia centro di mediazione tra Oriente e Occidente (secoli XV-XVI)*, (A. Pertusi ed.), vol. 1, Florencia, 1977, 117-142.
- -- "Spanish Policy towards the Greek Insurrectionary Movements in the Early Seventeenth Century", *Actes du IIe Congrès Intern. des Etudes du Sud-est Européen*, vol. 3, Atenas 1978, 313-329.
- -- "Juan, José Eliodoro Bouligny και Lorenzo Mabili de Bouligny: Οι πρόγονοι του Μαβίλη και η διπλωματική τους αλληλογραφία, τέλη ΙΗ'-αρχές ΙΘ' αιώνα" (Juan, José Eliodoro Bouligny y

Lorenzo Mabili de Bouigny: Los antepasados del poeta griego Mavilis y su correspondencia diplomática, finales del siglo XVIII y comienzos del XIX”, *Mnemon*, 7 (1979), 99-117. Cf. su versión castellana en: *Erytheia*, 7/2 (1986), 279-301.

-- -- “Η Πελοπόννησος στο πλαίσιο της μεσογειακής πολιτικής του Καρόλου Ε’” (El Peloponeso en el marco de la política mediterránea de Carlos V), *Peloponnesiaká*, 15 (1984), 187-244 (cf. versión castellana en: *Erytheia*, 19, 1998, 79-115).

-- -- “Οι Αλεξίανοι της Μινόρκας. Συμβολή στην ιστορία των ελληνικών αποδημιών κατά τον ΙΗ’ αιώνα” (Los Alexianos de Menorca: Contribución a la historia de las emigraciones griegas en el siglo XVIII), *Rodonía: Homenaje a M. I. Manúsacas*, Atenas-Retimno 1994, 649-660.

-- -- *Πηγές της κυπριακής ιστορίας από το ισπανικό αρχείο Simancas. Από τη μικροϊστορία της κυπριακής διασποράς κατά τον ΙΣΤ’ και ΙΖ’ αιώνα* (Fuentes de la historia chipriota sacadas del archivo español de Simancas. De la microhistoria de la diáspora chipriota en los siglos XVI-XVII), Nicosia 2000.

-- -- “Hacia una re-evaluación de Lepanto”, *Volver a Cervantes: Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Carvantistas*, Antonio Bernat Vistarini ed., vol. 1, Palma (de Mallorca) 2001, 37-45.

-- -- “El mundo neohelénico en la literatura española del Siglo de Oro”, *Cultura Neogriega. Tradición y modernidad - Gaurko Greziaren Kultura. Tradizioa eta modernitatea - Νεοελληνικός Πολιτισμός. Παράδοση και Νεωτερικότητα*, Javier Alonso Aldama - Olga Omatos Saenz eds., Vitoria-Gasteiz 2006, σ. 289-308.

Ibañez de Ibero, C. (marqués de Mulhacen) *Carlos V y su política mediterránea*, Madrid 1962.

(Ibañez de Ibero, C.) marqués de Mulhacén, *Política mediterránea de España, 1704-1951*, Madrid 1952.

Laiglesia, F. de *Estudios históricos*, Madrid 1908.

Láscaris, M. “Πέτρος Λάντζας, διοικητής της Πάργας (1573) και όργανον των Ισπανών εν Ηπείρω, 1596-1608” (Pedro Lantsas, gobernador de Parga en 1573 y agente de los españoles en el Epiro, 1596-1608), *Homanaie a Epiro, en memoria de Chr. Sulis*, Atenas 1956, 103-118, 237-253.

Láscaris, M. “Εκκλήσεις του επισκόπου Μάνης Νεοφύτου προς τους Ισπανούς (1612-1613) διά την απελευθέρωσιν της Πελοποννήσου” (Petitionen de socorro del vescovo de Mani Neofito a los españoles para la liberación del Peloponeso, 1612-1613), *Helleniká*, 15 (1957), 293-310.

Martín Corrales, E. “Relaciones de España con el Imperio Otomano en los siglos XVIII y XIX”, en Martín Asuero, P. (ed.) *España-Turquía. Del enfrentamiento al análisis mutuo*, Constantinopla 2003, 253-270.

Mas, A. *Les Turcs dans la littérature espagnole du siècle d’or. Recherches sur l’évolution d’un thème littéraire*, vols. 1-2, París 1967.

Merle, A. *Le miroir ottoman: Une image politique des hommes dans la littérature géographique espagnole et française (XVIe-XVIIe siècles)*, París 2003.

Moral, J. M. del *El virrey de Nápoles don Pedro de Toledo y la guerra contra el Turco*, Madrid 1966.

Morales Lezcano, V. *Africanismo y orientalismo español en el siglo XIX*, Madrid 1988.

Morales Lezcano, V. *España y la Cuestión de Oriente*, Madrid 1992.

Ochoa Brun, M.-Á “Los comienzos de la Legación de España en Atenas”, *Cuadernos de la Escuela Diplomática*, no. 4 (Junio 1990), 57-94. Cf. su versión ampliada y bilingüe: *Διπλωματικά ισπανο-ελληνικά γεγονότα κατά τον 19ο αιώνα /Episodios diplomáticos hispano-griegos en el siglo XIX*, Atenas 1998.

-- -- *Historia de la Diplomacia Española*, vols. 1-6, Madrid 1990-2000.

-- -- *España y las islas griegas. Una visión histórica*, Madrid 2001.

Pradells Nadal, J. *Diplomacia y comercio. La expansión consular española en el siglo XVIII*, Alicante 1992.

Randa, Al. *Pro Republica Christiana: Die Walachei im “langen” Türkenkrieg der katholischen Universalmächte (1593-1606)*, Munich 1964.

Salvá, J. *La Orden de Malta y las acciones navales españolas contra turcos y berberiscos en los siglos XVI y XVII*, Madrid 1944.

Sánchez Montes, J. *Franceses, protestantes, turcos: Los españoles ante la política internacional de Carlos V*, Pamplona 1951.

Sánchez Ortega, M.-E. “Las relaciones hispano-turcas en el siglo XVIII”, *Hispania*, 49/171 (1989), 151-195.

Sola, E. - de la Peña, J. F. *Cervantes y la Berbería (Cervantes, mundo turco-berberisco y servicios secretos en la época de Felipe II)*, México 1995.

Spremić, M. *Dubrovnik i Aragonsi, 1442-1495*, Belgrado 1971 (versión italiana: *Dubrovnik e gli Aragonesi, 1442-1495*, Palermo 1986).

Tadić, J. *Spanija i Dubrovnik u XVI veku* (España y Dubrovnik en el siglo XVI), Belgrado 1932.

Tamborra, A. *Gli stati italiani, l'Europa e il problema turco dopo Lepanto*, Florencia 1961.

Tovar Llorente, A. “Una petición de socorro de los griegos de Maina a Felipe II en 1584-1585”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 142 (1958), 343-363.